

Marina ZARAGOZA
(Universidad de Valencia)

Las procesiones en las novelas de Blasco Ibáñez

Abstract: (**The Processions in the Novels of Vicente Blasco Ibáñez**) I am going to study the Processions as a reflex of the religiosity popular in the novels of Vicente Blasco Ibáñez, described with colour and vivacity. We will study three processions. The first one is the Procession of the Corpus, with her biblic figures : the Colomet grandfather, Josué -the Sun-, the *Moma*, the *Cirialots*, Giants and *Cabezudos*, and *Magrana's* dances. The city's professional associations (Gremis) and all social classes representants files too, and clergy is closing procession. This structure can be connected with processions of Italy, Greece, Romania. The second procession is the Cristo del Palmar one. In this procession, the Crow is walked around the Albufera lake by a row of boats. The third one is the San Bernat of Alcira procession. This procession asks to the saint that the river doesn't overflow and it is a proof of popular religiosity. Blasco Ibáñez's novels are wrote in spanish, though he uses too catalan, french and italian.

Keywords: Vicente Blasco Ibáñez, religiosity, Valencian Corpus, Cristo del Palmar procession, San Bernat de Alcira procession

Resumen: Estudiaremos las Procesiones como reflejo de la religiosidad popular en las novelas de Blasco Ibáñez, contadas con un gran colorido y vivacidad. Nos centraremos en tres procesiones. La primera, la del Corpus de Valencia, con sus figuras bíblicas: el abuelo Colomet, Josué-el Sol-, la *Moma*, los *Cirialots*, Gigantes y Cabezudos, los bailes de la *Magrana*... Desfilan en esta procesión los Gremios de la ciudad y los representantes de todos los estamentos sociales, cerrando el cortejo el clero. Esta estructura se puede relacionar con procesiones de Italia, Grecia, Románia. La segunda procesión es la del Cristo del Palmar, en la que se pasea la Cruz por el lago de la Albufera en un cortejo procesional de barcas. La tercera, la procesión de San Bernat de Alcira, que desfila para pedirle al Santo que no se desborde el río, es también una muestra de la religiosidad popular dirigiendo rogativas a sus santos. Las novelas de Blasco Ibáñez están escritas en castellano, aunque a veces utiliza también el catalán, el francés y el italiano.

Palabras clave: Vicente Blasco Ibáñez, religiosidad, Corpus en Valencia, procesión del Cristo del Palmar, procesión de San Bernat de Alcira

A través de las novelas de tema valenciano de Vicente Blasco Ibáñez, que reflejan la vida en Valencia de finales del siglo XVIII y principios del XX, podemos estudiar sus paisajes y costumbres, su cultura popular. Nos centraremos solamente en las novelas: *Entre naranjos*, *Cañas y Barro*, *La Barraca* y *Arroz y tartana*.

Comenzaremos con la novela *Entre naranjos* situando la comarca desde Valencia hasta Játiva, en toda la inmensa extensión cubierta de arrozales y naranjos, que la gente valenciana encierra bajo el vago título de la Ribera

Desde aquí descenderemos a las tierras de arroz siguiendo la novela *Cañas y Barro*, donde se describe la pesca y la caza en el lago y cómo se transformaron trozos de la Albufera en campos de arroz. Y describe, la barca correo, las barquitas, *els barquets*, para andar por los canales y por las calles del pueblo y las barcas para transportar el arroz.

La Barraca comienza con una descripción de la Huerta de Valencia, focalizándose en Alboraya, mostrando cómo se trabajaba la tierra y la interacción entre el campo y la ciudad. También describe el barrio de pescadores...

Pimentó, personaje capital de la obra, defiende, contra todo derecho, el derecho más telúrico, manteniendo una ley de la tierra en defensa del que él cree el más débil, el tío Barret y sus hijas, objeto de injusticia a manos de un señorito de la ciudad, que al expulsarlos de su barraca provoca la muerte del padre y que las hijas se prostituyan.

Aunque luego, los arrendatarios, la familia de Batiste, son también personas desvalidas, Pimentó, pero en realidad toda la Huerta, no permite que otras personas se asienten y hagan producir la tierra, de la cual el señorito sacaría un provecho.

La descripción de la ciudad de Valencia la encontramos en la novela *Arroz y Tartana*. Retrata la vida de la familia Fora, tejedores de seda y usureros. Las generaciones posteriores ya no se conforman con la usura: invierten en bolsa, y tras un tiempo de ganancias llega el desplome total. Contrasta la personalidad de la protagonista, D^a Manuela, que había crecido en la tienda “Las Tres Rosas” y que no puede bajar su nivel de vida, para casar bien a las hijas, en definitiva para vivir en una opulencia que no se puede permitir, pero que da pie al novelista para contar como vivía la burguesía valenciana: describe vestidos, ajuares, comidas según las épocas del año, fiestas....

Los personajes femeninos oscilan entre los roles de esposa y madre (con las variantes de arreglar las redes, amasar el pan o ir a vender el pescado, o pagar a los jornaleros, organizar las elecciones donde el hijo y el marido triunfarán, o aguantarán un perezoso que no perdonará un desliz en la ley de la tierra) y las personalidades más definidas, como D^a Manuela. O Leonora, cantante, la Valquiria de *Entre naranjos* con fuerte personalidad y vivencias compartidas en muchas naciones europeas. O Neleta, detrás de la barra de su bar donde acudían todos los cazadores de los pueblos de alrededor. Las jóvenes que van a trabajar a Valencia a las fábricas de textiles o a la Tabacalera.

Los hombres, para Blasco, tienen todos un denominador común, pero por eso no pierde la ocasión para señalar que los niños se han de criar en el esfuerzo personal y el pundonor, resaltando su inteligencia y su organización que les hace enriquecer a su familia. Así vemos arquetipos como el tío Paloma, los Brull, Pimentó, y D. Juan y D. Eugenio, de la tienda “Las Tres Rosas”. Y como imagen del mal el Sr. Cuadros y su amigo D. Ramón Morte, bolsistas, o Cañamel, o Bigot, o Sangonera, en *Cañas y Barro*.

Podríamos centrarnos y estudiar solo algunos aspectos: Las riadas de Alcira, Los Mercados de Alcira y de Valencia. La Feria de Valencia. La Traca, los cohetes voladores. La Procesión del Corpus, Las Rocas. Los Altares de San Vicente. Carnaval, Fallas, Pascua. El cultivo del arroz, Las tiradas en la Albufera. Wagner.

Antes de hablar de las procesiones en las novelas de Vicente Blasco Ibáñez, tema que focalizaremos desde el ámbito de la Cultura Popular, no podemos evitar hacer un planteamiento del mundo y la formación del autor.

En una carta escrita a D. Julio Cejador, Blasco Ibáñez se queja de algunos críticos para los que siempre será el *Zola español*.... Dice: “Forzosamente debía empezar imitando a alguien, como todos y me place que mi modelo fuese Zola...En la actualidad, por más que busco, encuentro muy pocas relaciones con el que fue considerado como mi padre literario. Ni por el método de trabajo, ni por el estilo, tenemos la menor semejanza. Zola era un reflexivo en literatura, y yo soy un impulsivo. El llegaba al resultado final, lentamente, por perforación. Yo procedo por explosión, violenta y ruidosamente. El escribía un libro en un año, pacientemente, con una labor lenta e igual, como la del arado; yo llevo una novela en la cabeza mucho tiempo (algunas veces son dos o tres); pero cuando llega el momento de exteriorizarla me acomete una

fiebre de actividad, vivo una existencia que puede llamarse subconsciente, y escribo el libro en el tiempo que emplearía un simple escribiente para copiarlo...

Y continua:

“Vamos a charlar un poco de novela, ya que usted me lo pide. Yo acepto la conocida definición de que la novela es la realidad vista a través de un temperamento. También creo, como Stendhal, que una novela es un espejo paseado a lo largo de un camino. Pero, claro está que el temperamento modifica la realidad..... Para mí, lo importante de un novelista es su temperamento, su personalidad, su modo especial y propio de ver la vida. Esto es verdaderamente el estilo de un novelista, aunque escriba con desaliño..... El que verdaderamente es novelista posee una imaginación semejante a una máquina fotográfica, con el objetivo eternamente abierto.... Reflejamos lo que vemos. El mérito es saber reflejar... Yo produzco mis novelas según el ambiente en que vivo, y he cambiado de fisonomía literaria con arreglo a mis cambios de ambiente, aunque siendo siempre el mismo..... Lo importante es ver las cosas de cerca y directamente.... El constructor verdadero y último (de la novela) es el instinto... la inspiración..... Nacer novelista es llevar dentro el instinto, que hace adivinar el alma de las cosas, asir el detalle saliente que evoca la imagen justa, poseer la fuerza de sugestión necesaria para que el lector tome como realidad lo que es obra pura de la fantasía”¹.

Esta fundamentación de la obra de un gran autor, hecha por él mismo, nos ayuda, de entrada, si no conociéramos nada de su obra, a entrever un autor mediterráneo, apasionado y explosivo. Hombre de acción y de escritura, sobre la marcha de sus otras innumerables actividades. Comienza admirando a Zola y se va creando su propio estilo, observando aquello que tiene a su alrededor, y cuando vive entre nosotros y nos observa, refleja, como muy pocos, nuestras costumbres, nuestro modo más íntimo de ser y de sentir.

Estudiando nuestra cultura popular, es un hito incontrovertible, al que hay que acudir, sobre todo en el ciclo de las novelas y cuentos valencianos, que son las mejores obras de este fecundo escritor- desde un punto de vista literario-, modelos en su técnica, en su colorido, en su realismo y en su emoción. Blasco Ibáñez es – con Pío Baroja – el último resplandor de la grandiosa novela realista española del siglo XIX.²

En este trabajo veremos cómo describe nuestras procesiones, y como siempre nos llegarán envueltas por la emoción y el sentimiento que provocan en cada momento.

Su primera serie de novelas fueron escritas en Valencia, siendo agitador político, director de diario, diputado, conductor de muchedumbres³....

La primera es *Arroz y tartana* (1894), la novela de la ciudad; *Flor de Mayo* (1895), la novela del mar levantino; *La barraca* (1898), la novela de la huerta valenciana; *Entre naranjos* (1900), la novela del fruto más entrañado en la región; *Cañas y barro* (1902), la novela de la Albufera; *Sónnica la cortesana* (1901), la novela arqueológica, y los *Cuentos valencianos* (1893) y *La condenada* (1896), que abarcan muchos matices, muchos detalles singulares de la tierra natal, tan amada por el novelista.

¹ Blasco Ibáñez, V., *Obras Completas*, Madrid, Editorial Aguilar, 1976.

² Blasco Ibáñez, V., *op. cit.*, p. 14.

³ Blasco Ibáñez, V., *op. cit.*, pp. 13, 18.

Estudiando nuestro tema, y ciñéndonos solo a dos, vemos como describe las procesiones de San Bernardo de Alcira en la novela *Entre naranjos* y la procesión del Corpus en *Arroz y Tartana*.

Nuestro trabajo, planteado desde la descripción minuciosa que Blasco Ibáñez hace de nuestra sociedad, respetará al máximo sus estructuras, porque modificarlas supone la mayoría de las veces perder expresión y sobre todo autenticidad.

La procesión de San Bernardo, en Alcira, no tiene un día fijo, sino que depende de las lluvias que hacen subir el nivel de las aguas del río, y sacan al santo en procesión, con músicos y disparos de trabucos, en vez de tracas, para que las aquiete. Blasco lo cuenta así:

“Las primeras lluvias del invierno caían con insistencia sobre la comarca. El cielo gris, cargado de nubes parecía tocar las copas de los árboles. La tierra rojiza de los campos, se oscurecía bajo el continuo chaparrón; los caminos hondos y tortuosos, entre las tapias y setos de los huertos, se convertían en barrancos; se paralizaba la vida laboriosa del cultivo, y los pobres naranjos, tristes y llorosos, se encogían bajo el diluvio, como protestando contra aquel cambio brusco en el país del sol.

El río crecía. Las aguas rojas y gelatinosas, como arcilla líquida, chocaban contra las pilastras de los puentes, hirviendo como montones removidos de hojas secas. Los habitantes de las casas inmediatas al Júcar seguían con mirada ansiosa el curso del río y plantaban en la orilla cañas y palos para convencerse de la subida de su nivel.

-¿Munta?...- preguntaban los que vivían en el interior.

-Sí que munta- contestaban los ribereños.

El agua subía con lentitud, amenazando a la ciudad que audazmente había echado raíces en medio de su cauce.....

Llovía día y noche, y, sin embargo, la ciudad, por su animación parecía estar de fiesta. Los muchachos emancipados de la escuela por el mal tiempo, iban a los puentes a arrojar ramas para apreciar la velocidad de la corriente o descendían por las callejuelas vecinas al río para colocar señales, aguardando que la lámina de agua, ensanchándose, llegase hasta ellas...

La única preocupación era si llovería al mismo tiempo en las montañas de Cuenca. Si bajaba agua de allá, la inundación sería cosa seria. Y los curiosos hacían esfuerzos al anochecer por adivinar el color de las aguas, temiendo verlas negruzcas, señal cierta de que venían de la otra provincia.

Cerca de dos días duraba aquel diluvio. Cerró la noche, y en la oscuridad sonaba lúgubre el mugido del río. Sobre su negra superficie se reflejaban, como inquietos pescados de fuego, las luces de las casas ribereñas y los farolillos de los curiosos que examinaban las orillas.

En las calles bajas, el agua, al extenderse, se colaba por debajo de las puertas. Las mujeres y los chicos se refugiaban en los graneros, y los hombres, remangados de piernas, chapoteaban el líquido fangoso, poniendo a salvo los aperos de labranza o tirando de algún borriquillo que retrocedía asustado, metiéndose cada vez más en el agua.

Toda aquella gente de los arrabales, al verse en las tinieblas de la noche, con la casa inundada, perdió la calma burlona de que había hecho alarde durante el día... Las mujeres gritaban asustadas al ver las miséras callejuelas convertidas en acequias:

-¡El pare San Bernat!... ¡Que traguen al pare San Bernat!

Los hombres se miraban con inquietud. Nadie podía arreglar aquello como el glorioso patrón. Ya era hora de buscarle, cual otras veces, para que hiciese el milagro.

Había que ir al Ayuntamiento; obligar a los señores de viso, gente algo descreída, a que sacasen el santo para consuelo de los pobres.

En un momento se formó un verdadero ejército. Salían de las lóbregas callejuelas, chapoteando en el agua como ranas, vociferando su grito de guerra: ¡San Bernat! ¡San Bernat! Los hombres, remangados de piernas y brazos o desnudos, sin otra concesión al pudor que la faja, esa

prenda que jamás se despegaba de la piel del labriego; las mujeres, con las faldas a la cabeza, hundiéndose en el barro sus tostadas y enjutas piernas de bestias de trabajo; todos mojados de cabeza a pies, con las ropas mustias y colgantes adheridas a la carne. Al frente del inmenso grupo iban unos mocetones con hachas de viento, cuyas llamas se enroscaban crepitantes bajo la lluvia, paseando sus reflejos de incendio sobre la vociferante multitud.

-¡San Bernat! ¡San Bernat!... ¡Vítol el pare San Bernat!

Pasaban por las calles con el estrépito y la violencia de un pueblo amotinado, bajo el continuo gotear del cielo y los chorros de los aleros. Se abrían puertas y ventanas, uniéndose nuevas voces a la delirante aclamación, y en cada bocacalle, un grupo de gente engrosaba la negra avalancha.

Iban todos al Ayuntamiento, furiosos y amenazantes, como si solicitaran algo que podían negarles, y entre la muchedumbre se veían escopetas, viejos trabucos y antiguas pistolas de arzón, enormes como arcabuces. Parecía que iban a matar al río.

El alcalde, como todos los del Ayuntamiento, aguardaba a la puerta de la casa de la ciudad. Habían llegado corriendo, seguidos de alguaciles y gentes de la ronda, para hacer frente al motín.

- ¿Qué voléu? - preguntaba el alcalde a la muchedumbre.

¡Qué habían de querer! El único remedio, la salvación; llevar al santo omnipotente a la orilla del río para que le metiera miedo con su presencia; lo que venían haciendo siglos y siglos sus ascendientes, gracias a lo cual aún existía la ciudad...

¡Querían que saliese el santo! ¡Que hiciera el milagro, como siempre!

Y acudía a la memoria de la gente sencilla el recuerdo de los prodigios aprendidos en la niñez sobre las faldas de la madre; las veces que en otros siglos había bastado asomar a San Bernardo a un callejón de la orilla para que inmediatamente el río se fuera hacia abajo, desapareciendo como el agua de un cántaro que se rompe...

- Concedido: que saquen a San Bernat.

Entre un estrépito de aplausos y vivas, la negra avalancha se dirigió a la iglesia.

Había que hablar con el cura para sacar el santo; y el buen párroco, bondadoso, obeso y un tanto socarrón, se resistía siempre a acceder a lo que él llamaba una mojiganga tradicional. Le complacía poco salir en procesión, bajo un paraguas, la sotana remangada, perdiendo a cada paso los zapatos en el barro. Además, cualquier día, después de sacar en rogativa a San Bernardo, el río se llevaba media ciudad, “¿y en qué postura –como decía él- quedaba la religión por culpa de aquella turba de vociferadores!”

Todos... se esforzaban por convencer al cura; pero éste sólo contestaba a su petición preguntando si venía agua de Cuenca.

-Creo que sí –dijo el alcalde-. Ya ve usted que esto aumenta el peligro y se hace más precisa la salida del santo.

-Pues si viene agua de allá- contestó el párroco-, lo mejor es dejarla pasar y que San Bernardo se quede en su casa. Estas cosas de santos se han de tocar con mucha discreción, créanme ustedes... Y, si no, acuérdense de aquella riada en la que el agua iba por encima de los puentes. Sacamos el santo y poco faltó para que el río se los llevara agua abajo.

La muchedumbre, inquieta por la tardanza, gritaba contra el cura. Era una escena extraña ver al hombre de la Iglesia protestando en nombre del buen sentido, pretendiendo luchar contra las preocupaciones amontonadas por varios siglos de fanatismo.

-Puesto que ustedes lo quieren, sea –dijo por fin-. Saquen el santo, y que Dios se apiade de nosotros.

Una aclamación inmensa de la muchedumbre que llenaba la plaza de la iglesia saludó la noticia. Seguía cayendo la lluvia, y sobre las apretadas filas de cabezas cubiertas con faldas, mantas y algún que otro paraguas, pasaban las rojizas llamas de los hachones, tiñendo de escarlata las mojadas caras.

Sonreía la gente bajo aquel temporal con la confianza del éxito, gozándose por adelantado con el terror del río apenas entrase en él la divina imagen. ¿Qué no podría San Bernardo? Su

historia portentosa, como un romance de moros y cristianos, inflamaba todas las imaginaciones. Era un santo de la tierra: el hijo segundo del rey moro de Carlet. Por su talento, su cortesía y por su hermosura, obtuvo tanto éxito en la Corte del rey de Valencia, que llegó a ser su primer ministro; y cuando su señor tuvo que entrar en tratos con el rey de Aragón, envió a Barcelona a San Bernardo, que a la sazón sólo se llamaba el príncipe Hamete.

En su viaje, llega una noche a las puertas del monasterio de Poblet. Los cánticos de los cistercienses, difundiendo místicos y vagarosos, en la calma de la noche, a través de las ojivas, conmueven el alma del joven sarraceno, que se siente atraído a la religión de los enemigos por el encanto de la poesía. Se bautiza, toma el blanco hábito de San Bernardo de Clairvaux, y vuelve algún tiempo después al reino de Valencia para predicar el cristianismo. Le respeta la tolerancia con que los monarcas sarracenos acogían todas las doctrinas religiosas, y convierte a sus dos hermanas, dos moras, que toman los nombres de Gracia y María, e inflamadas de santo entusiasmo, quieren acompañar al hermano en sus predicaciones.

Su hermano Almanzor los encuentra junto a Alcira, ocultos en la orilla del río; con un revés de su espada corta el cuello a las dos hermanas, y San Bernardo es crucificado y le taladran la frente con un clavo enorme. Así pereció el santo patrón adorado con fervor por los pequeños, el príncipe hermoso convertido en vagabundo y pordiosero, sacrificio que halagaba a los más pobres de sus devotos.

La muchedumbre recordaba esta historia, repetida de generación en generación, sin más crédito que las tradiciones ni otros documentos justificantes que la fe popular, y daba vivas al padre San Bernardo, convencida de que era el primer ministro de Dios, como lo había sido del rey moro de Valencia.

Se organizaba rápidamente la procesión. Por las estrechas calles de la isla corría la lluvia, formando arroyos, y descalzos o hundiendo sus zapatos en el agua, llegaban hombres con hachones y trabucos, mujeres guardando sus pequeñuelos bajo la hinchada tienda que formaban las sayas subidas a la cabeza. Se presentaban los músicos con las piernas desnudas, levita de uniforme y emplumado chacó, semejantes a esos jefes indígenas que adornan su desnudez con casacas y tricornos de desecho.

Frente a la iglesia brillaban como un incendio los grupos de hachones, y al través del gran hueco de la puerta se veían, cual lejanas constelaciones, los cirios de los altares.

Casi todo el vecindario estaba en la plaza, a pesar de la lluvia, cada vez más fuerte. Muchos miraban al negro espacio con expresión burlona. ¡Qué chasco iba a llevarse! Hacía bien en aprovechar la ocasión soltando tanta agua; ya cesaría de chorrear tan pronto como saliese San Bernardo.

La procesión comenzaba a extender su doble cadena de llamas entre el apretado gentío.

-¡Vítol el pare San Bernat!-gritaban a la vez un sinnúmero de voces roncadas.

-¡Vítol les chermanetes! añadían otros, corrigiendo la falta de galantería de los más entusiastas.

Porque las hermanitas, las santas mártires Gracia y María, también figuraban en la procesión. San Bernardo no iba solo a ninguna parte. Era cosa sabida hasta por los niños que no había fuerza en el mundo capaz de arrancar al santo de su altar si antes no salían las hermanas. Juntas todas las caballerías de los huertos y tirando un año, no conseguirían moverle de su pedestal. Era éste uno de sus milagros acreditados por la tradición.... Asomaron a la puerta de la iglesia las santas hermanas, balanceándose en su peana sobre las cabezas de los devotos.

-¡Vítol les chermanetes!

Y las pobres chermanetes, goteando por todos los pliegues de sus vestiduras, avanzaban en aquella atmósfera casi líquida, oscura, tempestuosa, cortada a trechos por el crudo resplandor de los hachones.

Los músicos probaban los instrumentos, preparándose a soplar la Marcha Real. En el hueco iluminado de la puerta se marcó algo que brillaba sobre las cabezas como un ídolo de oro.

Avanzaba pesadamente, con fatigoso cabeceo, como movido por las olas de un mar irritado. La multitud lanzó un rugido. La música rompió a tocar.

-¡Vítol el pare San Bernat!

Pero las músicas y las aclamaciones quedaron ahogadas por un estrépito horripilante, como si la isla se abriera en mil pedazos, arrastrando la ciudad al centro de la tierra. La plaza se llenó de relámpagos. Era una verdadera batalla: descargas cerradas, arcabuzazos sueltos, tiros que parecían cañonazos. Todas las armas del vecindario saludaban la salida del santo. Los viejos trabucos, cargados hasta la boca, tronaban con fagonazos que quitaban la vista, chamuscando a los más cercanos; se disparaban los pistolones de arzón entre las piernas de los fieles, repetían sus secas detonaciones las escopetas de fabricación moderna, y la muchedumbre, aficionada a correr la pólvora, se arremolinaba, gesticulante y ronca, enardecida por el excitante humo mezclado con la humedad de la lluvia y por la presencia de aquella imagen de bronce, cuya cara, redonda y bondadosa de frailecillo sano, parecía adquirir palpitaciones de vida a la luz de las antorchas.

Ocho hombres forzudos y casi en cueros se encorvaban bajo el peso del santo. Las oleadas de gente se estrellaban contra ellos, haciendo vacilar las andas. Dos atletas despechugados admiradores del santo, marchaban a ambos lados conteniendo al gentío.

Las mujeres, sofocadas por la aglomeración, empujadas y golpeadas por el vaivén, rompían a llorar con la vista fija en el santo, agitadas por un sollozo histérico.

-¡Ay Pare San Bernat! ¡Pare San Bernat, salveu-mos!

Otras sacaban a los chiquillos de entre los pliegues de sus faldas, y levantándolos sobre sus cabezas buscaban los brazos de los dos poderosos atletas.

-¡Agárralo! ¡Que el bese!

Y el atleta, por encima de la gente, agarraba al chiquillo con una mano que parecía una garra. Lo asía del primer sitio que encontraba, elevándolo hasta el nivel del santo para que besase el bronce, y lo devolvía como una pelota a los brazos de su madre. Todo con rapidez, automáticamente, dejando un chiquillo para coger otro, con la regularidad de una máquina en función. Muchas veces el impulso era demasiado rudo; chocaban las cabezas de los niños con sordo ruido, se aplastaban las tiernas narices contra los pliegues del metálico hábito, pero el fervor de la muchedumbre parecía contagiarse a los pequeños; eran los futuros adoradores del fraile moro, y rascándose los chichones con las tiernas manecitas, se tragaban las lágrimas y volvían a adherirse a las faldas de sus madres.

Detrás del glorioso santo marchaban los señores del Ayuntamiento con gruesos blandones: el cura, bufando al sentir las primeras caricias de la lluvia, bajo el gran paraguas de seda roja con que le cubría el sacristán, y la muchedumbre de hortelanos confundidos con los músicos, que, más atentos a mirar dónde ponían los pies que a los instrumentos, entonaban una marcha desacorde y rara. Seguían los tiros, las aclamaciones delirantes a San Bernardo y sus hermanas, y rodeada de un nimbo rojo por el resplandor de las antorchas, saludada en cada esquina por una descarga cerrada, iba navegando la imagen sobre aquel oleaje de cabezas azotado por la lluvia, que, a la luz de los cirios, tomaba la transparencia de hilos de cristal. Y en torno del santo los brazos de los atletas, siempre en movimiento, subiendo y bajando chiquillos que babeaban el mojado bronce del padre San Bernardo. En balcones y ventanas se aglomeraban las mujeres con la cabeza resguardada por las faldas. El paso del santo provocaba profundos suspiros, dolorosas exclamaciones de súplica. Era un coro de desesperación y de esperanza.

-¡Salveu-mos, pare San Bernat!... ¡Salveu-mos!...

La procesión llegó al río, pasando y repasando el puente del Arrabal. Se reflejaron las inquietas llamas en las olas lóbregas del río, cada vez más mugientes y aterradoras. El agua todavía no llegaba al pretil, como otras veces. ¡Milagro! Allí estaba San Bernardo que le pondría freno. Después la procesión se metió en las lenguas del río que inundaban los callejones.

Era un espectáculo extraño ver toda aquella gente, empujada por la fe, descendiendo por las callejuelas convertidas en barrancos. Los devotos, levantando un hachón sobre sus cabezas,

entran sin vacilar agua adelante, hasta que el espeso líquido les llegaba cerca de los hombros. Había que acompañar al santo.

Un viejo temblaba de fiebre. Había cogido unas tercianas en los arrozales, y sosteniendo el hachón con sus manos trémulas, vacilaba antes de meterse en el río.

-Entre, agüelo-gritaban con fe las mujeres-. El pare San Bernat el curará.

Había que aprovechar las ocasiones. Puesto el santo a hacer milagros, se acordaría también de él.

Y el viejo, temblando bajo sus ropas mojadas, se metió resueltamente en el agua dando diente con diente.

La imagen iba entrando con lentitud en los callejones inundados. Los robustos gañanes, encorvados bajo el peso de las andas, se hundían en el agua; sólo podían avanzar ayudados por un grupo de fieles que se cogían a la peana por todos lados. Era una confusa maraña de brazos nervudos y desnudos saliendo del agua para sostener el santo; un pólipo humano que parecía flotar en la roja corriente sosteniendo la imagen sobre sus lomos.

Detrás iban el cura y los mandones a horcajadas sobre algunos entusiastas, que, para mayor lustre de la fiesta, se prestaban a hacer de caballerías, llevando ante las narices el cirio de los jinetes.

El cura, asustado al sentir el frío del agua cerca de la espalda, daba órdenes para que el santo volviera atrás. Ya estaba al final de la callejuela, en el mismo río; se notaban los esfuerzos desesperados, el recular forzado de aquellos entusiastas, que comenzaban a sufrir el impulso de la corriente. Creían que cuanto más entrase el santo en el río, más pronto bajarían las aguas. Por fin, el instinto de conservación les hizo retroceder, y salieron de una callejuela para entrar en otra, repitiendo la misma ceremonia. De pronto cesó de llover.

Una aclamación inmensa, un grito de alegría y triunfo sacudió a la muchedumbre.

-¡Vítol el pare San Bernat!...

¿Y aún dudaban de su inmenso poder los vecinos de los pueblos inmediatos?... Allí estaba la prueba. Dos días de lluvia incesante, y de repente no más agua; había bastado que el santo saliera a la calle.

E inflamadas por el agradecimiento, las mujeres lloraban, abalanzándose a las andas del santo, besando en ellas lo primero que encontraban, los barrotes de los porteadores o los adornos de la peana, y toda la fábrica de madera y bronce se sacudía como una barquilla entre el oleaje de cabezas vociferantes, de brazos extendidos y trémulos por el entusiasmo.

Aún anduvo la procesión más de una hora por las inmediaciones del río, hasta que el cura, que chorreaba por todas la puntas de su sotana y llevaba cansados más de doce feligreses convertidos voluntariamente en cabalgaduras, se negó a pasar adelante. Por voluntad de aquella gente, el paseo de San Bernardo hubiese durado hasta el amanecer; pero a esto respondía el cura:

-¡Lo que al santo le tocaba hacer ya lo había hecho! ¡A casa!"

La Procesión del Corpus de Valencia, al final de la primavera, es la gran procesión festiva, simbólica, religiosa y ciudadana, que es precedida por el desfile de la mañana. En primer lugar pasan las Rocas, esos carrmatos del siglo XVII que representan a la ciudad de Valencia, sus santos patronos, la Virtud, el Padre Eterno y la Virgen. La última Roca, la Diablera, con Plutón y los siete pecados capitales, parece un montaje entre bufo y grotesco. Después desfila la cabalgata del Corpus: los abanderados, el capellán de las Rocas, les "dansetes", las banderas de los gremios, la huida a Egipto, la Virtud, conocida como la Moma, y los siete pecados capitales, los Reyes Magos, jardineros con grandes ramos, detrás,

las carrozas municipales con los concejales, y finalizando la comitiva: la Degollà.⁴ Y después la Procesión.

Blasco Ibáñez lo cuenta así:

“La vela del Corpus, con sus anchas listas azules y blancas, sombreaba desde los altos mástiles la plaza de la Virgen.

La muchedumbre, endemoniada, se agitaba en torno de las rocas, admirando una vez más las carrozas tradicionales que todos los años salían a luz: pesados armatostes lavados y brillantes, pero con cierto aire de vetustez, luciendo en su traseras, cual partida de bautismo, la fecha de construcción: el siglo XVII.

Recordaban aquellas enormes fábricas de madera pintada, con su lanza semejante a un mástil de buque y sus ruedas cual piedras de molino, las carrozas sagradas de los ídolos indios o los carromatos simbólicos, que güelfos y gibelinos llevaban a sus combates.

La gente pasaba revista, con una curiosidad no exenta de ternura, a la fila de rocas, como si su presencia despertara gratos recuerdos.

Allí estaba la roca Valencia, enorme ascua de oro, brillante y luminosa desde la plataforma hasta el casco de la austera matrona, que simboliza la gloria de la ciudad; y después, erguidos sobre los pedestales, los santos patronos de las otras rocas: San Vicente, con el índice imperioso, afirmando la unidad de Dios; San Miguel, con la espada en alto, enfurecido, amenazando al diablo sin decidirse a pegarle; la Fe, pobre ciega, ofreciendo el cáliz donde se bebe la calma de la anulación; el Padre Eterno, con sus barbas de lino, mirando con torvo ceño a Adán y Eva, ligeritos de ropa como si presintiesen el verano, sin otra salvaguardia del pudor que el faldellín de hojas; la Virgen, con la vestidura azul y blanca, el pelo suelto, la mirada en el cielo y las manos sobre el pecho; y, al final, lo grotesco, lo estrambótico, la bufonada, fiel remedo de las simpatías con que en pasadas épocas se trataban las cosas del infierno, la roca Diablera: Plutón coronado de verdes culebrones, con la roja horquilla en la diestra, y a sus pies, asomando entre guirnalda de llamas y serpientes, los pecados capitales, horribles carátulas con lacias y apollilladas greñas, que asustaban a los chicuelos y hacían reír a los grandes.

Y todos estos carromatos, legados de la piedad jocosa de pasadas generaciones, eran admirados por el gentío, que, con un entusiasmo puramente meridional, se regocijaban pensando en la fiesta de la tarde, cuando las mulas empenachadas se emparejaban en la aguda lanza y los carromatos conmoviesen las calles con sordo rodar, exuberantes las plataformas de arremangados mocetones disparando una lluvia de confites sobre el gentío.

Así como avanzaba la mañana aumentaba el hormigueo en torno de las rocas, que, vistas de lejos, se destacaban como escollos sobre el oleaje de cabezas. El primer sol de verano abrillantaba como espejos las barnizadas tablas de los carromatos, doraba los mástiles, esparcía un polvillo de oro en la plaza, daba al gigantesco toldo una transparencia acaramelada; y este cuadro levantino, fuerte de luz, se dulcificaba con el tono blanco de la muchedumbre, vestida de colores claros y cubierta con los primeros sombreros de paja.

A las doce, se vio correr la gente, oyendo al mismo tiempo un lejano tamborileo.

-¡La cabalgata! ¡La cabalgata! –gritaba la chiquillería, corriendo por la calle de Caballeros.

Primero pasaron los portadores de las banderolas, con sus dalmáticas de seda, con la barras aragonesas y altas coronas de latón sobre melenas y barbas de estopa; tras ellos, el cura municipal, el famoso “capellán de las rocas”, jinete en brioso caballo encapazonado de amarillo, el manto de seda descendiendo desde el alzacuello a la cola del caballo y enseñando la limpia y blanca tonsura al

⁴ Galán Vicedo, Concha: “Valencia en la vida y obra de Vicente Blasco Ibáñez”, pp. 10-20. Dentro de *La Valencia de Vicente Blasco Ibáñez*, Valencia, Generalidad Valenciana, 1998.

saludar con el bonete al público de los balcones. Seguían detrás las dansetes: escuadrones de pillería disfrazada con mugrientos trajes de turcos y catalanes, indios y valencianos, sonando roncospanderos e iniciando pasos de baile; las banderas de los gremios, trapos gloriosos con cuatro siglos de vida, pendones guerreros de la revolucionaria menestralía del siglo XVI; la sacra leyenda, tan confusa como conmovedora, de la huida de Egipto; los pecados capitales, con extravagantes trajes de puntas y colorines, como bufones de la Edad Media, y al frente de ellos, la Virtud, bautizada con el estrambótico nombre de Moma; los Reyes Magos, haciendo prodigios de equitación; heraldos a caballo; jardineros municipales a pie, con grandes ramos; carrozas triunfales, todo revuelto, trajes y gestos, como un grotesco desfile de Carnaval, y alegrado por el vivo ganguero de las dulzainas, el redoble de los tamboriles y el marcial pasacalle de las bandas.

Detrás, presidiendo la comitiva, como muda invitación hecha al público para asociarse a la fiesta, iban en las carrozas municipales media docena de señores de frac, tendidos en los blasonados almohadones, llevando sobre el vientre, como emblema concejil, la roja cincha y saludando al público con un sombrero protector.

Los *más* brutos eran los de la Degollá; un pelotón de gañanes con la cara tiznada, gabanes de arpillera con furias pintadas y coronadas de hierba, que cerraban la marcha, repartiendo zurriagazos entre los curiosos que ocupaban la primera fila con sus garrotes de lienzo, más ruidosos que ofensivos.

Se alejaba la cabalgata con su estruendo de tamboriles y dulzainas, siguiendo su marcha por las calles cubiertas con espesa capa de arena para el paso de las rocas...

La plaza era un mar multicolor de cabezas. Los balcones estaban adornados con antiguas colgaduras de sólidos colores; las bocacalles vomitaban sin cesar nuevos grupos en el compacto gentío, y los pájaros que anidaban en los árboles del mercado huían ante la granjería que, montada en las ramas, silbaba y gritaba a los de abajo, con la confianza del que está en su propia casa. El sol de verano caldeaba la muchedumbre, por entre la cual paseaban las chiquillas despeinadas y en chancla, con el cántaro en la cadera, pregonando el agua fresca, y los mocetones de brazos hercúleos y remangados, con pañuelo de seda en la cabeza, sosteniendo a pulso las pesadas heladoras y ofreciendo a gritos la horchata y el agua de cebada.

Ya habían sonado las cuatro. En los balcones se abrían, como flores gigantescas, sombrillas de brillantes colores, se agitaban grandes abanicos con aleteo de pájaro, y abajo la muchedumbre se removía inquieta, chocando con las apretadas filas de sillas que orlaban el arroyo.

Sonó un rugido en un extremo de la plaza, e inmediatamente fue contestado por un griterío general.

-¡Ya están ahí!... ¡Ya están ahí!

Y hubo empellones, codazos, remolinos de cabezas, empujando todos al que estaba delante para ver mejor.

A lo lejos, empequeñecida por la distancia, apareció la primera roca, en torno de la cual, como jinetes liliputienses, hacían caracolear sus caballos los soldados encargados de abrir paso. Un alegre cascabeleo dominaba los ruidos de la plaza y las voces enérgicas del postillón en traje de la huerta, que gritaba: "¡Arre, arre!", manejando con rara maestría una docena de ramales.

Las rocas, una tras otra, fueron desfilando por la plaza, produciendo cada una de ellas una verdadera revolución. Trotaban, arrastrando los pesados armatostes, las docenas de mulas gordas y lustrosas salidas de las cuadras de los molinos, con los rabos encintados, las cabezas adornadas con vistosas borlas, y entre las orejas tiesos y ondulantes penachos. Cogidos a sus bridas corrían los criados de los molineros, atletas de ligera alpargata, despechugados y con los brazos al aire, que a la voz de "¡alto!" se colgaban de las cabezadas, haciendo parar en seco las briosas bestias. Colgando de las traseras de los carromatos se balanceaban racimos de chucuelos, que al menor vaivén caían en la arena, saliendo milagrosamente de entre las patas de los caballos. En las plataformas iban los de la Lonja, tratantes en trigo, molineros, gente campechana y amiga del estruendo, que, en mangas de camisa, botonadura, diamantes, y gruesa cadena de oro en el

chaleco, arrojaban a los balcones con la fuerza de proyectiles los ramilletes húmedos y los cartuchos de confites duros como balas, con más almidón que azúcar.

Cada roca esparcía el terror y el regocijo a un tiempo. La movable batería de brazos disparaba ruidosa metralla, cubriendo el aire de objetos; los cristales caían rotos, y hasta las persianas quedaban desvencijadas bajo la granizada de confites.

En los balcones, las señoritas se cubrían el rostro con el abanico, temerosas, al par que satisfechas, de que las acribillasen con tan brutales obsequios. Abajo estaban los bravos, que por un chichón más o menos no querían mostrar miedo, e insultaban a los de las rocas cuando se agotaban los proyectiles, hasta que aquellos les arrojaban a la cabeza los cestones vacíos. Cada vez que caía un cartucho o un ramo sobre la gente, mil manos se levantaban ansiosas, originándose disputas por su posesión.

Pasó por fin la última roca, la Diablera, donde iba la gente de trueno, más atroz en los obsequios y tenaz en proporcionar ganancias a los almacenes de cristales, y la calma se restableció en la plaza, comenzando a aclararse el gentío.

Comenzaban los preparativos de la procesión. Las bandas militares atronaban las calles inmediatas con sus ruidosos pasodobles, y rompiendo el gentío desfilaban los regimientos, con los uniformes cepillados y brillantes, moviendo airoosamente al compás de la marcha los rojos pompones de gala y las bayonetas, doradas por los últimos resplandores del sol.

Pasaban los invitados a la procesión, caminando apresuradamente, muy satisfechos de atraer la atención de la embobada muchedumbre: unos, de frac, luciendo condecoraciones raras; otros, con uniforme de maestranzas y órdenes de Caballería, vestimentas extrañas, con el sombrero apuntado y la casaca de vistosos colorines, que daban a sus poseedores el aspecto de pájaros exóticos.

-¡La procesión! ¡Ya está ahí la procesión!

En el extremo de la plaza aparecieron las banderolas con las rojas barras de Aragón y sonaron dulzainas pausada y majestuosamente, tañendo las melancólicas danzas del tiempo de los moriscos. Detrás iban los enanos, con sus enormes cabezas de cartón, que miraban a los balcones con los ojos mortecinos y sin brillo. Y entre el repique de las castañuelas y el redoble de los atabales, avanzaban las cuatro parejas de gigantes, enormes mamarrachos, cuyos peinados llegaban a los primeros pisos, y que danzaban dando vueltas, hinchándose sus faldas como un colosal paracaídas.

Entraron en la plaza las banderas de los gremios, llevando en su remate la imagen del santo patrón del oficio; y era de ver el entusiasmo con que aplaudía el público los prodigios de equilibrio de los portadores sosteniéndolas enhiestas sobre la palma de la mano, moviéndolas a compás del redoble de los enormes y viejos tambores que hacían sonar los toques de los tercios obreros en la guerra de las Germanías.

Después comenzó la parte monótona de la procesión: un desfile de más de cien imágenes con sus correspondientes cofradías y asilos; más de un millar de cabezas que pasaban por debajo de los balcones con la raya partida y el pelo aceitoso o rizado. Al compás de los valeses o marchas fúnebres que entonaban las bandas, se contoneaban los devotos, cirio en mano; y el desfile de santos continuaba, lento, monótono, aplastante: unos, desnudos, con las carnes ensangrentadas y sin otra defensa del pudor que unas ligeras enaguillas; otros, vestidos con pesados ropajes de pedrería y oro. Pasaban los mártires con el rostro contraído por un gesto de dolor; los místicos, con los brazos extendidos y los ojos velados por el éxtasis de la felicidad; y tan pronto aparecía un santo con dorada mitra o rizada sobrepelliz, como lucía otro sobre su cabeza el acerado casco de guerrero.

La multitud se arremolinó, movida por el regocijo, y exclamaciones de alegre curiosidad salieron de muchas bocas. Desfilaba la parte grotesca de la procesión, conservada por el espíritu tradicional como recuerdo de las épocas más religiosas de nuestra historia, que unían siempre el regocijo a la devoción.

En larga fila, contestando a las cuchufletas y carcajadas del gentío con burlescos saludos, aparecían las figuras más salientes del gran poema bíblico: David, con corona de latón, barba de

crin y el floreado manto barriendo los adoquines, avanzaba pulsando los bramantes de su arpa de madera; Noé, encorvado como un arco, apoyado convulsamente en su bastoncillo, enseñaba el palomo que llevaba en su diestra a aquella muchedumbre, que reía locamente ante esta caricatura de la vejez; detrás venía Josué, un mozo de cordel vestido de centurión romano, apuntando con una espada enmohecida a un sol de hojalata y caminado a grandes zancadas, como un pájaro raro; y cerraban el desfile las heroínas bíblicas, las mujeres fuertes del Antiguo Testamento.

Después venía la parte seria e interesante de la procesión, y el alboroto del gentío cesó instantáneamente.

Pasaban los cleros parroquiales con sus áureas cruces; los seminaristas, con la frente baja y los ojos en el suelo, cruzadas las manos sobre el pecho... Y las reliquias en sus ricas urnas, las imágenes de plata con una ventana en el pecho, tras cuyo vidrio se marcaba confusamente el corazón del bienaventurado.

Luego volvía a reanudarse la parte teatral de la solemnidad. Todas las extraordinarias visiones del soñador de Patmos, cuantas alucinaciones había consignado el evangelista Juan en su Apocalipsis, pasaban ante el gentío, sin que éste, después de contemplarlas tantos años, adivinase su significación. Desfilaban los veinticuatro ancianos con albas vestiduras y blancas barbas, sosteniendo enormes blandones que chisporroteaban como hogueras, escupiendo sobre el adoquinado un chaparrón de ardiente cera; los seguían las doradas águilas, enormes como los cóndores de los Andes, moviendo inquietas sus alas de cartón y talco, conducidas por jayanes que, ocultos en su gigantesco vientre, sólo mostraban los pies calzados con zapatos rojos; y cerraba la marcha el apostolado, todos los compañeros de Jesús, con trajes de ropería en los que eran más las manchas de cera que las lentejuelas, e intercalados entre ellos, niños con hachas de viento, vestidos como los indios de las óperas, pero con aletas de latón en la espalda para certificar que representaban a los ángeles.

La procesión estaba ya en su última parte. Desfilaban los invitados: una avalancha de cabezas calvas o peinadas con exceso de cosmético, una corriente incesante de pecheras combadas y brillantes como corazas, de negros fraques, de condecoraciones anónimas y de un brillo escandaloso, de uniformes de todos los colores y hechuras, desde la casaca y el espadín de nácar del siglo pasado hasta el traje de gala de los oficiales de Marina. Los papanatas se asombraban ante las casacas blancas y las cruces rojas de los caballeros de las órdenes militares, honrados y pacíficos señores, panzudos los más de ellos, que hacía pensar en el aprieto en que se verían si, por un misterioso retroceso de los tiempos, tuvieran que montar a caballo para combatir a la morisma infiel.

Permanecía la muchedumbre embobada. El aparato religioso, las imágenes de plata, los cleros entonando sus himnos a voces solas, las interminables cofradías, no la habían impresionado tanto como este continuo desfile de grandezas humanas, y sus ojos se iban deslumbrando tras las fajas de los generales, las placas que centelleaban como soles, los bordados de caprichosos arabescos, las empuñaduras cinceladas y brillantes y las bandas de muaré que cruzaban los pechos como un arroyo ondeante de colorines.

Arriba, en los balcones, la curiosidad señalaba con el dedo a los personajes conocidos que se mostraban a la luz de los cirios, y las cabezas erguidas de algunos invitados cruzaban saludos con las señoras, sin perder por esto el gesto de gravedad propio de las circunstancias.

Se acercaba el epílogo de la procesión. Sonaba a lo lejos la grave melopea de la marcha solemne y religiosa que entonaba la banda militar. Las cornetas de los regimientos formados en la carrera batían marcha, y mientras los soldados requerían su fusil para inclinarse al paso del Sacramento, la muchedumbre se agitaba para ganar un palmo de terreno donde hincar las rodillas.

Estallaban luces de colores, y a su resplandor, tan pronto blanco como rojo, se veían a lo lejos, terminando la doble fila de cirios, los sacerdotes con capas de oro, manejando los incensarios, con un continuo choque de cadenillas de plata, en el fondo de una nube de azulado y oloroso humo; sobre ella, agitándose dorado y tembloroso entre sus deslumbrantes varas, el palio, que avanzaba lentamente, y bajo la movable tienda de seda, cual un sol asomando entre nubes de

perfumes, la deslumbrante custodia, que hacía bajar las cabezas como si nadie pudiera resistir la fuerza de su brillo.

El poético aparato de culto católico se imponía a la muchedumbre con toda su fuerza sugestiva. Las mujeres se llevaban las manos a los ojos, humedecidos sin saber por qué, y las viejas se golpeaban con furia el pecho, entre suspiros de agonizante, lanzando un “¡Señor, Dios mío!”, que hacía volver con inquietud la cabeza a los más próximos.

Caía de los balcones una lluvia de pétalos de rosa, volaba el talco como nube de vidrio molido, estallaban luces de colores en todas las esquinas, y entre el perfume del incienso, el agudo reclamo de las cornetas, la grave lamentación de la música, la melancólica salmodia de los sacerdotes y el infantil balbuceo de las campanillas de plata, avanzaba el palio, abrumado por la lluvia de flores, iluminado por el resplandor de incendio de las bengalas; y el sol de oro, mostrándose en medio de tal aparato, enloquecía a la muchedumbre levantina, pronta siempre a entusiasmarse por todo lo que deslumbra, e inconscientemente, lanzando un rugido de asombro, se empujaban unos a otros, como si quisieran coger con sus manos el áureo y sagrado astro, y los soldados que guardaban el palio tenían que empujar rudamente con sus culatas para conservar libre el paso...

Tras el palio, la gente admiraba un nuevo grupo de capas de oro sobre las cuales sobresalía la puntiaguda mitra y el brillante báculo. Después, ajustando sus pasos al compás de la marcha musical, desfilaban los rojos fajines y los porta cirios de plata de los concejales, y, por fin, con un tránsito oscuro de la luz a la sombra, pasaba la negra masa de la tropa, en la cual los instrumentos de música lanzaban amortiguados destellos y los filos de las bayonetas y los sables brillaban como hilillos de luz.”

Festividad esta del Corpus sacra, teatral, religiosa y ciudadana, de la que Blasco nos ha dejado una serie de cuadros imperecederos. De la misma también nos ha legado unas deliciosas láminas fray Bernat Tarín i Juaneda, realizadas en 1913 y recogidas en el hermoso libro, con texto de Manuel Sanchis Guarner, *La Processó Valenciana del Corpus*⁵.

Bibliografía

- Blasco Ibáñez, Vicente, *Obras Completas*, Madrid, Editorial Aguilar, 1976.
Galán Vicedo, Concha, “Valencia en la vida y obra de Vicente Blasco Ibáñez”, in *La Valencia de Vicente Blasco Ibáñez*, Valencia, Generalidad Valenciana, 1998, pp. 10-20.
Sanchis Guarner, Manuel, *La Processó Valenciana del Corpus*, Valencia, Vicent García Editores, S. A., 1978.

⁵ Galán Vicedo, Concha, *op.cit.*